

CONTRA LA DEMAGOGIA: INTRODUCCIÓN AL ARTE DE MANIPULAR A LAS MASAS

E. TEMPRANO

Tecnos, Madrid 1999, 132 pp.

RE Acabado el siglo XX, con su sombría galería de grandes demagogos, entramos en la era de la *demagogia tecnológica*, donde prevalece otro tipo de demagogo, más modesto, pero con los mismos fines que los anteriores: prosperar adulando a las masas. Si bien ya no son concebibles grandes dictadores de estilo místico, como los de antaño, la demagogia tecnológica posee una capacidad de difusión que hubiera suscitado la envidia de estos personajes: los diversos medios de comunicación lo invaden todo, al tiempo que los seres humanos convergen hacia una uniformización en la que toda iniciativa individual se diluye en el grupo. El *ser telemático* se presenta como víctima propiciatoria del sacrificio ofrecido al *demiurgo carismático del día*. La incertidumbre de la vida actual, la incomunicación y el desarraigo, favorecido por las grandes urbes, junto con el miedo a la soledad, patológico en nuestros tiempos, representan un campo abonado para los demagogos, deseosos de dar cumplida cuenta con la mentira, la persuasión y la retórica, a la irrefrenable tendencia al fraude histórico que manifiesta el ser humano. Las masas sumisas, preocupadas tan solo por la manera de ganar más dinero, consumen ávidamente los mensajes elaborados de forma constante por los publicistas y expertos en marketing, en el seno de una cultura global que *ha triunfado y se impone en todas partes del planeta*. *Pero no hay que perder de vista que la cultura de masas primero es ruido, luego humo de pajas, y, al fin, nada* (p.11).

Platón y Aristóteles advertían la multiplicación de los demagogos, cuando las democracias entraban en crisis. En nuestro siglo asistimos al ascenso de personajes que, utilizando en su provecho situaciones de inestabilidad, interpretan de modo personalista la predilección de la ciudadanía, confundiendo intereses estatales con intereses personales. Jugando con las *aspiraciones más irracionales* de las masas consiguen su favor, a través de promesas intencionadamente falsas, apoyándose en los lugares comunes más vulgares, cuando no en la difamación. En realidad, el demagogo es fácil de identificar, en la medida en que posee una serie de particularidades que siempre se repiten. *Su objetivo es la permanencia en el torbellino del éxito* (p.30), para lo cual despliega una serie de características que son enumeradas por el autor, como el autoritarismo, la insolencia, la arrogancia, el reduccionismo histórico, el manejo hábil de vocablo “pueblo” o la ausencia completa de duda: el demagogo

jamás puede dudar y, ésta, es la primera lección que debe aprender; solo caben afirmaciones y negaciones rotundas. La elocuencia debe de acompañar siempre a la rotundidad, es preciso *electrificar* frecuentemente al *adicto*. Y detrás, por supuesto, una personalidad autoritaria, no siempre puesta de manifiesto, que busca imponerse a los demás a toda costa, recurriendo a medios violentos si fuera preciso. Narcisismo, pedantería e irascibilidad que, por si lo anterior fuera poco, los convierten en personajes idóneos para elevar los índices de audiencia, por su *gancho popular*. Porque lo que siempre son es grandes comunicadores. Intelectualmente pueden ser casi incapaces, pero saben transmitir con gran eficacia su mensaje, manipulando los resortes emotivos de quienes escuchan y, las masas, los adoran. Se aprovechan de situaciones de inestabilidad que además refuerzan, porque son elementos que favorecen el desorden, con un carácter siempre provocador. Los antiguos nos advertían que propiciaban la aparición de gobiernos oligárquicos y de tiranías.

El demagogo se sirve de la retórica y de la persuasión, que permiten que lo importante no sean sus razones, sino las simples palabras. Si en algún momento la retórica fue considerada un arte, la significación de esta práctica se ha ido escorando paulatinamente hacia lo peyorativo, por su vinculación con la mentira o con las *medias verdades* (los griegos ya desconfiaban de la elocuencia). A los recursos clásicos de la elocuencia, como el control de los gestos o el empleo de los términos apropiados, modulando la voz y buscando siempre agradar, más que demostrar, se les suman, en la *era telemática*, todos los medios de comunicación que nos envuelven. Ya no es necesario estar especialmente dotado para la demagogia y ser capaz de hablar entusiasmado, en la medida en que es posible ejercer como demagogo en la sombra, a través de ejércitos de empleados y controlando potentes medios generadores de opinión.

Los pequeños demagogos se multiplican en todos los ámbitos. La masa de seres telemáticos los reclama para dulcificar su tedio, en un contexto estremecedor, que favorece la prosperidad de los comediantes con labia: el triunfo del gregarismo, la escasa capacidad de abstracción, la mediocridad intelectual o la apatía colectiva abonan el terreno para aquellos individuos astutos, que carecen de opinión o de ideología fija, pero que saben cómo prosperar en todas las situaciones. Estos demagogos son bastante más peligrosos que sus predecesores. Es preciso prestar mucha atención para identificarlos, porque su actitud siempre es equívoca y porque, donde antes había una falsificación flagrante de hechos y de datos, ahora hay una interpretación sesgada, inclinada taimadamente hacia unos intereses particulares, de hechos verdaderos. Atento a mantenerse en lo alto, *El señor demagogo no cree 'en las personas, pues estima que todos son unos pobres seres que fingen como él. Las apariencias lo son todo* (p. 101). Podemos ver ejemplos de esta perpetuación en el poder en políticos conocidos por todos, que utilizan, entre otros recursos, el establecimiento de amplias redes de corrupción a su alrededor. Curiosamente, muchas veces se produce una especie de empatía, una identificación sadomasoquista de la muchedumbre sumisa con su dirigente político particular que, una vez consumido por el tiempo, morirá tranquilo con la sensación del deber cumplido, a la espera de que el historiador de turno, al servicio de determinados intereses, lo presente como un héroe nacional, sin que importen demasiado los efectos reales de su actividad.

Cabría preguntarse cómo podría nuestra situación ser otra, cuando la vida ha dejado de ser una existencia para convertirse en un negocio. Vivimos en una época de afán de lucro desmedido, de consumo ciego e incontrolable, de ansia de poder y de competencia, de manipulación mediática y científica; se trata, en definitiva, de una era de *esterilidad y de bajeza intelectual*. Parece como si estuviésemos avanzando hacia una nueva clase de barbarie, en la que el *homo technicus es el protagonista del día* y en la que *los señores demagogos pueden desempeñar un importante papel político y social* (p. 127). Si nuestro siglo comenzó con el estruendo de la demagogia revolucionaria de diferentes líderes, asistimos a su final rodeados por la demagogia de la comunicación de masas, al servicio de poderes e intereses diversos.

JUAN M. BUJÍA FUENTES